

el pudor, ni la decencia, ni las comodidades. No tienen otra instrucción que la de montar á caballo, y como se ocupan desde la infancia en degollar reses, no ponen reparo en hacer lo mismo con los hombres, y esto con frialdad y sin enfadarse (1). Son, en general, muy robustos; se quejan poco ó nada en los mayores dolores; aprecian poco la vida y se embarazan menos por la muerte. Nadie se mezcla en disputas ajenas ó pendencias, ni arrestan á ningún delincuente. Miran estas cosas fríamente, y aun tienen por maldad descubrir á los reos y el no ocultarlos y favorecerlos. No ponen reparo (á pesar de su condición de blancos), en servir en el campo mezclados con indios, negros ó pardos, y aun á la orden de éstos; pero cuando les da



UN GAUCHO VIEJO

la gana, se van sin el menor motivo, porque no se les nota afición á sitio ni á amo, ni hacen más que su antojo presente. Son hospitalarios, y al pasajero le dan comida y posada, aun sin preguntarle quién es y adónde va. Nunca le dicen que se vaya, aunque se detenga meses, y si pide caballo para continuar, se lo dan. Sin embargo, conocen poco la amistad particular.

»Para jugar á naipes, á que son muy aficionados, se sientan sobre los talones, pisando las riendas del caballo para que no se lo roben, y á veces con el cuchillo ó puñal clavado á su lado en tierra, prontos á matar al que se figuran que les hace trampas, sin que por esto dejen ellos de hacerlas siempre que pueden.

»Aprecian poco el dinero, y cuando lo han perdido todo, muchas veces poniéndolo á una sola carta, se juegan la ropa que llevan puesta, siendo frecuente quedarse en cueros. Entonces el que ganó

le da algo de la suya, si es que es peor que la ropa del que perdió. Las pulperías ó tabernas que hay por los campos, son los parajes de reunión de esta gente. No beben vino, sino aguardiente, y es su costumbre llenar un vaso grande y convidar á los presentes, pasándolo de mano en mano y repitiendo hasta que finaliza el dinero del convidante, tomando á desatención el no beber siendo convidado. En cada pulpería hay una guitarra, y el que la toca bebe á costa ajena. Cantan *Yarabis* ó *Iristes*, que son cantares inventados en el Perú, los más monótonos y siempre tristes, tratando de ingratitudes de amor y de gentes que lloran desdichas por los desiertos.

»Son inclinados á robar caballos, y les repugna tanto caminar á pie, que casi no lo saben hacer. Aun para pasar una calle montan y casi todo lo hacen á caballo. En sus juntas y tertulias en el campo están horas hablando sin apearse. Si necesitan barro, por poco que sea, van y vienen haciéndolo amasar al caballo. Un ejercicio tan continuado no les cansa jamás, y les da una destreza increíble en el montar. Cuando cae el caballo, ellos se quedan sin lesión en pie, con las riendas en la mano para que no se les escape. Es increíble su conocimiento de los caballos. Basta que vean á 200 ó más por dos minutos paciendo en el campo, para que digan al día siguiente si falta uno y de qué color es. No es menos admirable el tino con que los prácticos *baqueanos* conducen al paraje que se les pide por terrenos horizontales, sin caminos, sin árboles, sin señales ni aguja marítima, aunque disten cincuenta y más leguas.

»Además de los dichos, hay por aquellos campos otra casta de gente, llamada más propiamente Gauchos ó Gauderios (2). Todos son, por lo común, escapados de las cárceles del

(1) Esta observación de Azara en el siglo XVIII, explica muchos crímenes y matanzas de las guerras civiles argentinas, en las que tanto figuraron los hombres del campo.

(2) El nombre de gaucho, que designaba al principio á estos aventureros de la llanura, comprendió después á todos los hombres de campo dedicados al pastoreo.

país y del Brasil, ó de los que por sus atrocidades huyen á los desiertos. Su desnudez, su barba larga, su cabello nunca peinado y la obscuridad y porquería del semblante, los hacen espantosos á la vista. Por ningún motivo ni interés quieren servir á nadie y, sobre ser ladrones, roban también mujeres. Las llevan á los bosques y viven con ellas en una choza, alimentándose de vacas silvestres. Cuando tiene el gaucho alguna necesidad ó capricho, roba algunos caballos y vacas y los lleva y vende en el Brasil, de donde trae lo que le hace falta. Yo recogí, entre otras, á una de tales mujeres, española (ó sea blanca). Me contó que hacía diez años que la había robado un tal Cuenca; que á éste lo había muerto otro; que á éste lo había muerto un tercero, y á éste el que la estaba poseyendo».

* * *

El habitante del campo dedicado al pastoreo, no sólo había de luchar con el tigre, al que enlazaba, arrastrándolo detrás de su caballo, con el perro cimarrón y los ladrones de reses. Otro de los peligros de la llanura eran las yeguas alzadas, los llamados *baguales*, caballos salvajes que vivían formando numerosas bandas. Azara llegó á ver algunas tropas tan enormes de *baguales*, que calcula iban en ellas más de 12.000 caballos. «Estos cimarrones — dice — incomodan y perjudican, porque sobre comer el pasto inútilmente, embisten al galope á las caballadas mansas siempre que las ven, y pasando entre ellas ó junto, las llaman y acarician con bajos relinchos de afecto, las alborotan y ellas se incorporan sin dificultad, yéndose todas juntas para siempre. Así, sucede á los viajeros que les embisten los *baguales* y los dejan sin poder continuar camino, llevándoseles los caballos mansos de respeto ó de remuda, que siempre llevan sueltos por delante.»

Los viajeros temían, casi tanto como á un encuentro con los indios, el tropezarse con los *baguales*, audaces vagabundos de las llanuras, dotados de una astucia casi humana para atraerse á sus congéneres haciéndolos partícipes de la salvaje libertad del desierto. Cuando una caravana veía en el horizonte la nube de polvo levantada por el trote de los *baguales*, los viajeros «formaban el cuadro», quedando á la defensiva, para guardar entre ellos su tropa de caballos de repuesto. El menor descuido podía dejarles sin monturas en medio de la soledad. Esos *baguales*, tan pronto como hallaban ocasión, metíanse entre los caballos mansos, seduciéndolos con sus relinchos y roces, hasta que escapaban, llevándose entre ellos á los nuevos amigos.

A veces llegaban los *baguales* en columna cerrada de muchos miles, ciegos por la embriaguez de la velocidad, derribando y aplastando cuanto encontraban al paso. Tan irrefrenables eran en su ímpetu, que morían á docenas al chocar con las pesadas carretas de los campamentos.

Los gauchos, que tuvieron la llanura como única escuela, amoldando su vida á los consejos é imágenes de esta enseñanza, imitaron para guerrear la táctica de los *baguales*. Carregaban en masa, como los caballos cimarrones, y pasando con la rapidez de un vendaval por en medio del núcleo de los enemigos, arrastraban en su ímpetu á muchos de éstos, que eran llevados prisioneros, sin darse cuenta de su desgracia hasta que se veían lejos de los suyos. Otras veces daban vueltas como un torbellino, desorientando al contrario antes de asestarle el golpe; como hacían los *baguales* al preparar la invasión de un campamento.

El malón del indio era otra de las tragedias frecuentes en la vida del campo. El cielo estaba sereno, la atmósfera en calma; no soplaban el viento ardoroso de los veranos secos, que eleva en el horizonte una nube de polvo, densa y rojiza; y, no obstante la placidez del

ambiente, en un espacio de muchas leguas de extensión alzabase una cortina tormentosa de espirales de tierra. La llanura sedienta desmenuzabase en nubes de polvo bajo las pezuñas de los rebaños, locos de terror, ó los cascos de los caballos en fuga. «¡Los indios! ¡Los indios!» Los estancieros, al frente de sus tropas de peones, iban recogiendo el ganado: las mujeres huían de los ranchos, llevando la prole por delante y sobre su cabeza los cuatro trapos de la casa. Familias enteras galopaban al frente de las tropillas, que eran toda su fortuna. La hacienda del señor, cincuenta ó sesenta mil vacas, quince ó veinte mil yeguas, corría entre mujidos y relinchos, guiada por los peones y hasta por mujeres á caballo, que se improvisaban pastores.

El suelo temblaba con inmensa vibración bajo este trote de cien mil animales, al través de un desierto inacabable, en el que perdían todo valor las nociones de tiempo y de distancia. Una jornada equivalía á un galope de treinta leguas: un viaje ordinario duraba meses. El miedo hacía continuar la cabalgada después de cerrar la noche. Una luz extraordinaria, un resplandor boreal, purpúreo y siniestro, alzabase á espaldas de los que huían. Era una cortina de llamas que rasgaba la oscura línea de unión del cielo y la tierra. Serpenteaba la lengua roja, siempre igual, siempre viva é intensa, por más que los fugitivos acelerasen su marcha, como si el incendio corriese tras sus pasos avanzando con la misma rapidez que ellos. Eran los indios, que quemaban casas y plantaciones.

Los pastos, duros y secos, ardían como si fuesen papel, y á la luz del incendio los invasores agrupaban las bestias robadas ó amarraban inertes sobre el lomo de sus caballos las mujeres cautivas, los niños llorosos, todos los que se habían extraviado ó rezagado en la loca carrera del miedo.

Cuando la horda invasora, ahita de robo y destrucción, volvía á las entrañas del remoto país, llamado misteriosamente «tierra adentro», recobraba la llanura otra vez su aspecto de paz y de abandono, que sólo turbaba de tarde en tarde la presencia del hombre.

Llovía, y bajo la caricia del agua la pampa tornabase verde, de un verde infinito; verde de desierto, semejante al azul interminable del Océano. No había alturas ni profundidades que ofreciesen descanso á la mirada. Todo igual; todo del mismo tono de color.

Las pequeñísimas alteraciones de este paisaje inmenso, la jiba pajiza de un rancho, la redondez verde de un ombú, la mancha luminosa y oblonga de un estanque, como un escudo de acero olvidado entre la hierba, todo se confundía en la monótona grandiosidad del desierto. La lechuza volando á ras de tierra, lanzaba su chillido: los flamencos, envueltos en plumones de púrpura y apoyados en una pata con filosófica inmovilidad, avanzaban la corva y dóctoral nariz sobre la página luminosa del agua, como si estuvieran leyendo en ella: mil pájaros invisibles gorjeaban, graznaban y piaban en los matorrales. Á lo lejos ladraba el perro cimarrón, restableciéndose el silencio ante su aullido feroz, y la vizcacha asomaba la cabeza enorme y el pelaje sedoso á la puerta de su madriguera. También la vizcacha humana, la gaucha inactiva y hombruna, asomaba su perfil por la abertura del rancho perdido en el desierto, sin otra compañía que la vecindad del ombú. Al oír lejanos trotes imaginábase que era su hombre, que llegaba precedido de una nueva tropilla. No era él. Eran los *baguales* sueltos, los caballos cimarrones que pasaban veloces, corriendo sin saber adónde, huyendo sin saber de quién, aguijoneados por la propia velocidad; enardecidos por sus relinchos y su aliento de fuego; recelosos de su misma sombra; asustados por el ruido de sus cascos, duros como la piedra.

Á trechos destacábanse grandes manchas blancuzcas, de una claridad caliza. Eran capas de osamentas, restos de vacadas bravías, sacrificadas por los gauchos para hacer acopio de cueros y grasa. Los caranchos y los chimangos, después de un tardo aleteo, posábanse

sobre estas osamentas y permanecían largo rato inmóviles y pensativos, como si recordasen los pantagruélicos hartazgos que se habían dado allí mismo en el enorme montón de carne abandonada.

* * *

El gaucho fué siempre de tez blanca, y en su aspecto tuvo más de árabe que de indio. No era una raza: era una clase social. Por esto, al suprimir la nueva vida argentina el ambiente de barbarie heroica en que se desarrollaba el gaucho, y desaparecer éste falto de atmósfera propicia, es difícil encontrar y reconocer á sus descendientes entre los hijos de los inmigrantes italianos y españoles que han poblado y colonizado las pampas.

El gaucho sólo tenía del indio su astucia, su frugalidad, sus habilidades para el manejo de las armas primitivas y su conocimiento del terreno. Los más de ellos eran de pelo rubio ó castaño.

Cuando necesitaba mujer, dirigía siempre su cabalgadura hacia algún rancho de amigos. Sólo la necesidad ó los azares de la guerra le empujaban á unirse con la india.

Este solitario de la pampa se tornó aislado, en pleno campo, entre la ciudad y la tribu, á igual distancia de la civilización y de la barbarie, no queriendo reconocer la autoridad del Cabildo ni la del cacique de toltería. Enemigo de toda organización é individualista hasta el último extremo, sólo se juntaba con los otros gauchos en días de fiesta. Acostumbrado durante siglos al aislamiento y á una existencia fácil, contaba con el propio esfuerzo, y pocas veces buscó compañeros en sus empresas. Para vivir y para procurarse dinero, le bastaba su habilidad, apresando animales en los grandes pastos del desierto. «El gaucho — dice Daireaux — jamás ha conocido el valor ni el uso de la moneda, y si alguna cae en sus manos no se pondrá el sol sin que haya malgastado hasta el último céntimo, á impulso de su fantasía. Todo le parece bueno con tal que no le quede un cobre; á todo el mundo convida; atraca al primero que llega, y rehusar es ofenderle. Poco le importa después de un día de abundancia una semana de escasez; «día de mucho, víspera de nada.»

Yo he apreciado de cerca, en las llanuras argentinas, esta imprevisión económica, esta generosidad caballeresca y derrochadora de los hijos del país, que son dignos descendientes del gaucho. Al descansar tras larga galopada en una pulpería del campo, vimos cierta tarde una especie de mendigo, astroso, algo ebrio y con las piernas quebradas á consecuencia de una caída del caballo. Pasaba su vida junto al mostrador del establecimiento, participando de las convidadas generales y charlando con los parroquianos. Uno de mis acompañantes le hizo un



LA TERTULIA EN LA PAMPA

préstamo, porque él únicamente solicitaba préstamos; implorar una limosna, jamás. Poco después sonaban detonaciones en las afueras de la tienda. Era el perniquebrado, que se gastaba el dinero disparando cohetes en mi honor. Igual hubiera hecho con cualquier otro transeunte. Lo importante era acabar pronto con «la plata», como debe hacerlo un caballero que se respeta. Luego discutió en el mostrador con el dueño de la pulpería, queriendo que alcanzase su dinero



EL GAUCHO Y SU «PRENDA»

para convidar á los señores con unas copas de «caña». Y al no poder obsequiarnos más, desapareció como avergonzado.

El gaucho tuvo en su traje tanto de árabe como en sus costumbres. El poncho es casi igual al albornoz de los berberiscos, así como el chiripá recuerda los amplios calzones de los levantinos. El ancho tirador, con escamas de monedas de plata, que sostiene el chiripá y sirve de almacén al dinero, los pañuelos y las armas, lo mismo que la faja de los orientales; el largo facón, instrumento á la vez de trabajo y de combate, que lleva cruzado sobre el vientre; los amplios calzoncillos bordados y las luengas barbas, dan al gaucho una semejanza de familia con los pueblos mahometanos de Oriente.

Algunos autores han querido ver en el moro español el padre del gaucho. Así como el judío peninsular fué á establecerse en Buenos Aires, siendo uno de los primitivos elementos de su vecindario, quieren que el beduino partiese también de España para establecerse en las llanuras platenses. No hay fundamento alguno para esta afirmación ni documentos que sirvan de justificante. La Inquisición americana habla de judíos, pero nunca de moriscos, á los que hubiera vigilado igualmente.

Además, el judío, al trasladarse á América, siguió los impulsos de su carácter comercial y de su afición á los viajes. La historia de Israel es un interminable éxodo. El morisco era sedentario, temía al mar como todos los jinetes habituados á la vida del campo, y cuando tuvo que salir de la Península, no pasó más allá de las costas africanas, que están enfrente. Las particularidades del traje, el modo de montar, el tipo físico, y hasta ciertas palabras de evidente origen árabe usadas en las pampas, como *jaguel*, por ejemplo, han impulsado á muchos á dar por origen probable del gaucho una emigración á la Plata de los moriscos españoles. No: los moros no fueron á América, porque carecían del espíritu aventurero de los judíos y temían al mar. Pero en vez de ellos inmigraron los españoles amoriscados, los jinetes de las provincias andaluzas, hijos de moros que, al verse en las dilatadas llanuras platenses, sintieron renacer en su interior la dormida herencia de los abuelos venidos de los desiertos arábigos.

Muchos de los que han estudiado al gaucho argentino no conocen el jinete de las llanuras andaluzas, y toman al centauro del Plata por un ejemplar humano único. Ignoran que España tiene ó ha tenido sus gauchos, menos numerosos y en escenario más reducido que los de América, pero iguales en aspecto y en alma, siendo unos y otros como hermanos, de idéntica fisonomía, que se criaron separados por enormes distancias, sin conocerse. La herencia árabe que llevaba en su alma el pueblo español tomó en tiempos de la conquista americana una forma casi igual al desarrollarse en los dos hemisferios. En las silvestres dehesas de Andalucía produjo al

pastor caballista con sus «zajones» cubriéndole los muslos, semejantes al chiripá, y su silla, con guardamonte de cuero, igual á la que usaban en Salta los rudos jinetes de Güemes. En América produjo al gaucho, de puro origen cristiano y de raza española, pero que al vivir en un ambiente propicio, se asemejó al indio dando amplio desarrollo á lo que había en él de herencia berebere.

La palabra «gaucho» ha sido objeto de numerosas versiones para explicar su origen; pero de todas estas ninguna tan verosímil y lógica como la que ofrece el sabio erudito Pablo Groussac. Esta palabra nunca fué dicha ni conocida en la Península sino por traslado americano. Es, indudablemente, una de las pocas que no pasó por España antes de implantarse en el Nuevo Mundo. Groussac cree que deriva de la palabra incásica «guacho», que significa en un sentido algo denigrativo, «huérfano, abandonado, errante»; algo aproximado á la moderna palabra «bohémio». Es frecuente en el habla castellana la inversión silábica en fuerza del uso, y de ahí que *guacho* se transformase en *gaucho*, palabra que abarcó primeramente á los vagabundos que vivían fuera de la ley, huyendo de la justicia, y luego á todos los jinetes de las llanuras, aislados, huraños y semisalvajes, que, ciertamente, eran unos «errantes», unos «huérfanos» de toda sociedad, unos «abandonados» de la civilización.

Cuando, después de la Independencia, comenzaron en el territorio argentino las guerras civiles, el gaucho intervino en la vida pública, y hasta dió á la historia héroes tremebundos, de una gloria salvaje.

Facundo Quiroga fué el peludo Aquiles de la Iliada gauchesca. Antes de tal período cruel y grandioso, los centauros de las llanuras tuvieron igualmente sus héroes, que turbaron la quietud de la vida colonial, no con hazañas históricas, sino con actos esforzados de la vida ordinaria, con los que hacían patentes su valor y sus habilidades.

Sarmiento, en su famoso libro *Civilización y Barbarie*, describe los tipos más extraordinarios de la población de las llanuras; el *rastreador*, el *baqueano* y el llamado *gaucho malo*. El rastreador era el gran sacerdote del desierto, el augur de los misterios de la pampa. Desentrañaba sus secretos, sabía leer de corrido en el inmenso libro de tierra, cuyas hojas polvorientas arre-



EN LA PAMPA, PREPARANDO LA COMIDA

molinaba á cada instante el huracán. Era el personaje observador é infalible en sus juicios, que tantas veces hemos visto en la literatura á partir de una novela filosófica de Voltaire; el hombre de retina sobrehumana, que al mirar las piedras y hierbas de un camino daba las señas y defectos de un caballo que había pasado por él dos días antes. Sherlock Holmes y otros personajes imagi-



BAILANDO «EL GATO»

suelo, hasta que al llegar á una casa, á una cueva ó á una espesura, dice con tranquilidad y firmeza: «¡Ahí está, cogedlo!» . . . Y, efectivamente, allí está.

Cuéntase que ha habido rastreadores que salieron en busca de un asesino ó de un ladrón desde un pueblo del centro de la Argentina. Seguían el rastro del fugitivo, rectamente, como si lo olfateasen, y así caminaban días y días. Algunas veces parecían vacilar, iban de un lado á otro: luego sonreían levemente, continuando su ruta. Era una treta del fugitivo para hacerles perder el rastro; una maraña que dejaba atrás para desorientar al perseguidor; pero éste adivinaba el intento, volviendo inmediatamente á la buena senda. Y así continuaba el viaje hasta dar con la inmensa mole de los Andes. El rastreador pasaba la Cordillera y entraba en Chile, siempre cabizbajo, con rápidas miradas á un lado y á otro. De pronto, en esta marcha por un país extraño, donde jamás había estado, deteníase ante una casa y lanzaba su afirmación, que equivalía á una frase sacramental: «Ahí está.» Y nunca se engañaba.

El «baqueano» era el piloto de la llanura, á cuya dirección fiábanse personas y mercancías; el almirante de las flotas de carretas que avanzaban pesadamente por entre las olas terrestres del desierto. En las guerras, su papel era de importancia suma. Las más de las veces, el general vencedor era el que tenía mejor baqueano.

Toda la llanura, con sus misterios, sus recursos, sus aguas, pastos y rutas, la llevaba dentro de la cabeza este guía extraordinario. De día, bastábale una simple mirada circular para describir todo lo existente en muchas leguas á la redonda. ¡Y á veces habían transcurrido diez años desde su último paso por aquellas tierras! De noche, desmontábase para examinar los matorrales cercanos, y esto era suficiente para que marcarse la situación y qué rumbo debía seguirse. En caso de duda, cuando no se fiaba de su vista por la densa obscuridad de una noche tempestuosa, arrancaba hierba de pasto, olía su raíz y la tierra, mascábalas, y por el sabor podía adivinar la vecindad más ó menos próxima de arroyos y lagunas. Rosas, que fué el más inteligente y gaucho de todos los gauchos, conocía, según cuentan, el pasto de cada estancia de la provincia de Buenos Aires, y lo designaba por su nombre con sólo gustarlo.

nados actualmente por la novela novelesca, no son más que nietos con levita del tosco rastreador de la llanura argentina. Cuando busca á un fugitivo, es inútil que éste salte tapias, se meta en arroyos ó contramarche sobre las puntas de los pies. El rastreador todo lo ve: para sus ojos basta una gota de agua perdida en la hierba, un guijarro rodado fuera de su alvéolo, unas briznas aplastadas; y sigue adelante, leyendo en el

Para el baqueano no eran necesarios los caminos en la llana monotomía de las pampas. Miraba el horizonte para orientarse y emprendía la marcha hacia un lugar situado á ochenta ó cien leguas, sin sufrir la más pequeña desviación. En el vuelo de las aves adivinaba si había gente escondida y cuánta era, ó si solamente aleteaban en torno de un campamento abandonado ó de una bestia muerta. Las enormes distancias que había que recorrer en esta inmensidad calculábalas con sólo un error de algunos minutos.

El «gaucho malo» era un campesino que por haber confiado su derecho y su honor á la punta del facón, matando uno ó varios hombres á la puerta de la pulpería, tenía que huir á despoblado, peleándose con los «milicos», ó sea con los representantes de la autoridad, siempre que los encontraba al paso. Otras veces había matado, en sin igual combate, por la posesión de alguna china de ojos negros, hocico pálido y larga trenza, un tanto cerdosa. Le llamaban «gaucho malo» porque vivía más allá de la sociedad de los buenos, teniendo que ocultarse y que matar otra vez para abrirse camino; pero todos le apreciaban y le protegían, y cuando se presentaba en la pulpería, el mejor asiento, la guitarra y el vaso lleno eran para él.

La gente rústica apiadábase de lo que llamaba «su desgracia», admirando su valor. Era algo ladrón, pero no robaba por lucro, sino para vivir. Muchas veces «desfacía entuertos» y distribuía justicia al modo popular, oprimiendo á los ricos en beneficio de los desgraciados. Era el mismo tipo del bandolero de Andalucía, caballero andante de las carreteras, paladín de las leyendas populares que, como Diego Corrientes ó José María, «el rey de Sierra Morena»,



PREPARÁNDOSE PARA «EL PERICÓN»

robaba á los ricos para dar el dinero á los pobres, y amenazaba á los malos con su trabuco, arma invencible, protectora de los desgraciados (1).

El «gaucho malo» ha desaparecido de los campos argentinos, como el bandido «caballista» de los campos andaluces. Pero todavía en los tiempos actuales resurge en España alguno que otro, como tipo retardatario del vagabundaje heroico, que en ambos hemisferios fué enérgica y brutal concreción de las mejores y peores condiciones de la raza.

El azar era el que hacía del «gaucho malo» un héroe histórico ó un bandido. Si tenía la desgracia de vivir en tiempo de paz, le llamaban ladrón y acababa al borde de un camino, muerto á tiros, como un perro rabioso, por los soldados de la justicia. Si sus tiempos eran de guerra y revuelta, podía llegar á general y á héroe, preocupando hondamente á los futuros historiadores.

Facundo Quiroga, nacido para matar y tal vez para morir luego en un cadalso tras largas estancias en presidio, fué gobernante de pueblos y aclamado héroe por una gran parte de sus contemporáneos. Él solo ha hecho escribir más de su persona que muchos bienhechores de la humanidad. Una época de disturbios y guerras convirtió en personaje histórico á un simple «gaucho malo».

* * *

El campesino argentino, como observa Sarmiento, rara vez bebe si los versos y la música no le excitan. Por esto toda pulpería tiene su guitarra. Allí donde hay un grupo de caballos estacionados y gente sentada en troncos de árbol ó cráneos de vaca, junto á una hoguerita que calienta el agua del mate, es casi seguro encontrar un poeta, un «payador», un versista que improvisa sobre temas patrióticos y amorosos.

España dió la vihuela al gaucho. Le dió también su música popular, de un marcado carácter oriental, con sus notas prolongadas, casi iguales al grito con que el muhecin saluda desde el balcón del minarete el nacimiento y la puesta del sol. La música árabe, trasplantada á las risueñas ciudades de Andalucía, pasó luego el Océano y se esparció por las llanuras platenses, para conservarse tal vez más pura que en la Península, por la vida de aislamiento que llevaba el gaucho.

La poesía y la música marcharon siempre juntas para el hombre de la llanura, que siente ante ellas un respeto casi religioso. Cuando el payador, errante bardo de la pampa, que bebe gratuitamente por derecho propio en todas las pulperías, tomaba la guitarra, hacíase un profundo silencio. Si eran dos los cantores y emprendían una justa poética, llamada «payada de contrapunto», con preguntas y respuestas de versos improvisados, el auditorio estremecíase, avanzando la cabeza para no perder ni una palabra ni un arpegio.

Estos certámenes solían acabar mal algunas veces. La fuerza del consonante obligaba á ingerir en el verso palabras molestas para el adversario. Además, el orgullo se mezclaba en la lucha, y muchas veces el amor, pues las mujeres presenciaban las *payadas de contrapunto*. Luego de un bombardeo por ambas partes de improvisaciones irónicas y ocultas amenazas, estos poetas de facón acababan por hacerse trizas las guitarras en las cabezas y desenvainar el «compañero», guardado en el cinto. De este modo la «payada de contrapunto» terminaba con un vivo menos y un «gaucho malo» más.

El verso gauchesco es casi siempre octosílabo y asonantado, como en los viejos romances

(1) En mi novela *Sangre y arena* he presentado el tipo del *Plumitas*, «gaucho malo» de Andalucía, igual á los de la pampa.

españoles. Además, la décima goza de gran popularidad en la Argentina, como en los cantos populares de muchas otras naciones hispano-americanas. La música de las canciones llamadas *tristes* y *vidalitas*, de intensa dulzura, es en tonalidad menor, y la de las tituladas *cielitos* en tonalidad mayor.

Dos bailes populares, el *Pericón* y el *Gato*, son de gran belleza coreográfica y musical. Con la famosa *Zamacueca* de Chile, forman lo mejor que la raza hispana produjo musicalmente al establecerse en el suelo americano. Recuerdan lejanamente los bailes españoles, la jota, las seguidillas, el bolero; pero con algo propio y característico que pudiera llamarse «el sello del país». Como en todas las danzas primitivas, el gesto fundamental es el arrullo del macho á la hembra, el acose amoroso del varón y la gracia con que ella se desliza librándose de sus rodeos. La parte masculina de estos bailes tiene una noble y pesada arrogancia. Se adivina que el bailaror acaba de descender del caballo. El retintín de las grandes espuelas acompaña con un ritmo belicoso el runruneo de las guitarras. ¡Lástima que estos hermosos bailes no sean en la vida actual de la Argentina más que un recuerdo histórico que reaparece en determinadas fiestas ó en los escenarios de los teatros!



ESCUCHANDO AL «PAYADOR»

El estridente acordeón y el baile «agarrao y con corte» de los suburbios de Buenos Aires han invadido los campos, haciendo desaparecer la vihuela del payador, las elegancias del *Pericón* y los alegres bailoteos del *Gato* y sus *relaciones*, coplas improvisadas con que se saludaban las parejas.

* * *

La poesía de la pampa tuvo un Homero, que fué Santos Vega. Semejante en lo incierto de su historia al gran poeta helénico, unos dudan de que haya existido, teniéndolo por una creación de la fantasía popular; otros vacilan cuando desean asignarle sitio y fecha de nacimiento, dejándolo envuelto en las sombras de los primeros tiempos coloniales.

Un ilustre poeta moderno, Rafael Obligado, ha recogido la leyenda del gaucho payador, dándola forma imperecedera en hermosos versos.

Santos Vega es el alma de la llanura, la ruda é ingenua poesía de las inmensas pampas. Dos inspiraciones templán su canto: el amor y la libertad. Los gauchos le ven pasar con el respeto cariñoso que las razas primitivas tuvieron siempre para los poetas, mezcla de sacerdotes y de augures, buenos amigos de las potencias divinas y misteriosas, con las que conversan en rítmicas palabras.